

La maestra de inglés; Odio amoroso; Una visita al Papa (relatos)

The English Teacher; Loveable Hate; A visit to the Pope (short stories)

CARLO DOSSI
(Pavía, 1849 - Cardina, 1910)

RESUMEN: *Odio amoroso* y *La maestrina d'inglese*, publicados por primera vez en *Vita di Alberto Pisani* (Milán, Luigi Perelli editore, 1870), volvieron a ver la luz nueve años más tarde en la colección de relatos *Gocchie d'inchostro* (Roma, Stabilimento Tipografico Italiano, 1879), en la que se publicó también *Una visita al papa*. Traducción al español de Paolino Nappi.

Palabras clave: Carlo Dossi; La maestra de inglés; Odio amoroso; Scapigliatura

Abstract: Loveable Hate and The English Teacher, first published in Vita di Alberto Pisani (Milan, Luigi Perelli editore, 1870), were released nine years later in the collection of short stories Gocchie d'inchostro (Rome, Stabilimento Tipografico Italiano, 1879), in which A Visit to the Pope was also published. Spanish translation by Paolino Nappi.

Keywords: Carlo Dossi; The English Teacher; Loveable Hate; Scapigliatura

Proveniente de una familia de terratenientes, Carlo Dossi (Pavía, 1849 - Cardina, 1910) se orientó desde joven a la carrera diplomática durante el gobierno de Francesco Crispi asumiendo cargos como cónsul en Bogotá o gobernador en Eritrea. Al año de la caída del gobierno en 1895, y tras su último destino en Atenas como embajador, abandona todos sus cargos y se retira con su familia a sus propiedades en Corbetta (Lombardía), donde se dedica a ampliar su colección arqueológica, pasión que había traído consigo tras su paso por Grecia. Sus principales obras, que escapan a las clasificaciones literarias convencionales, fueron escritas en un período de tiempo relativamente corto, entre 1868 y 1887, destacando *L'altrieri. Nero su bianco* (1868), *Vita di Alberto Pisani* (1870), que parten del dato autobiográfico para trastocarlo con injertos ficcionales y meta-literarios. A estos dos títulos se añadiría más tarde su interesante diario privado, publicado póstumamente con el título *Note azzurre* (edición incompleta en 1912 y completa en 1964, editada por Dante Isella).

Carlo Dossi, *La maestra de inglés*

I. PARA EMPEZAR. Es una habitación pequeña. Sirve, alternadamente, de comedor y de sala de visitas, y, también podría decirse, de dormitorio, ya que los dos sofás no tienen pinta de asumir siempre la misma función. Fuera se ven demasiadas tejas como para creer que estamos en un piso *bajo*; dentro, demasiado pocos muebles como para creer que estamos en un barrio de clase *alta*.

Toque de timbre. El timbre vibra en la habitacioncita; ¿será acaso también recibidor?

Con el sonido, una chica amable se presenta a una puerta, y con gran levedad corre a abrir otra. He aquí un joven rubio, alto, que entra y enseguida la coge con entusiasmo de las manos.

—¿Y el papá? —pregunta él en voz baja.

Aurora mueve su encantadora cabecita con gran tristeza.

—Pero, ¿el médico qué dice?

—Dice que solo hay un remedio... morir.

Aurora tiene en su habla la *erre* más adorable del mundo. Pero, oigan, señoras lectoras, no se esfuercen de *errear*; hay carmines y afeites que solo otorga la Naturaleza: no los van a encontrar en ninguna perfumería.

Los dos jóvenes están callados, mano sobre mano, mirada sobre mirada.

—¡Aurora! —gime una voz en la habitación de al lado.

La muchacha se sobresalta, desata sus manos de las de Enrico, quien las aprieta con pasión, y acude rápida al que llama.

Enrico oye la voz del enfermo —que se ha vuelto agria y rabiosa— decir a su hija que lo han abandonado, ¡que lo dejen morir, más bien! que lo quieren muerto ya... Y Aurora rompe a llorar.

—Oh, ¡qué egoísta! —dice el joven para sí, y suspira.

II. *PATRIA POTESTAS*. En verdad, *todos* somos egoístas. La diferencia solo estriba en los

medios de satisfacer tal *egotismo*, medios que los previsores hallan en la beneficencia: quiero decir que, no sintiendo ellos felicidad alguna en sí mismos, hacen que la que ellos ofrecen a los demás los ilumine como en un reflejo. En cambio, hay quienes, por decirlo mal y pronto, creen obtener del mal instigado en los demás una lenificación del suyo propio. De ahí surgen esas dos razas de hombres: una, contenta, alegre, recoge las rosas cultivadas por ella misma; la otra, ceñuda, crispada, se pincha con las ortigas que sembró. ¡Oh, en este último caso, Dios nos libre de los viejos! ¿La gota los obliga a quedarse sentados en un sillón? ¡Cómo demonios se atreve el mundo a moverse! ¿Perdieron los dientes? Que todo el mundo coma papilla. Que se queme Roma entera mientras ellos tengan lo suyo... Por desgracia, el padre de Aurora —digo desgracia de ella y suya propia— pertenecía a esa clase.

Como doblemente egoísta que era, don Pietro Morelli solo se había desposado para tener una criada y un colchón de muelles, y había tenido una hija solo para disponer de otra, para cuando la primera estuviera fuera de servicio.

Es que un tirano presupone un pueblo bobo; y don Pietro había elegido bien a *su propio pueblo*. Imaginen que la mujer de él —una de esas pobres almas, carentes de voluntad y siquiera de la valentía de tenerla, almas nacidas para martirios sin gloria—, curvada por el triple peso de la fatiga, la mala salud y la ofensa continuada, utilizaba, cual mayor lamento suyo, *el suspiro*; luego, rendida, desgastada, por miedo a disgustar al marido, se quedó esperando y acabó estirando la pata justo en el momento en que la muchacha llegara a sostenerle, sola, el abrigo a su padre. Y Aurora, alma también tímida tanto por naturaleza como por hábito, había aceptado la herencia de su madre, tal cual.

Sin embargo, al poco tiempo, el señor padre o padrón, víctima de un medio ataque, perdió sus piernas y su empleo. Entonces cambió de táctica. Don Pietro, ahora, necesitaba ayuda, y la necesitaba de verdad, ya que no podía seguir obligando a los demás a prestársela: don Pietro era un hombre vil; creía que no podía confiar en el amor de su hija, aunque (entre nosotros) no tenía por qué dudar; por eso, empezó a hacerse la víctima, a llorar, a quejarse. Y la buena de Aurora, a despecho de toda reprimenda y de toda regañina de él, lo servía de rodillas, ahora que él le suplicaba tanto, ¡ya se lo pueden imaginar!

Su pensión era poquita cosa. Aurora, deseando que en la copa de su padre siempre campase un buen vino tinto, dijo:

—Daré clases de inglés.

Don Pietro la miró fijamente con dudoso estupor.

—Pero... ¿sabes inglés... tú? —preguntó.

—Sí —dijo ella tímidamente—. Desde hace tiempo. Me lo enseñó mi maestra Racheli... Papá, ¡perdona! —añadiendo que dicha maestra, que la amaba mucho, le ofrecía...

—No —interrumpió el padre, amable como un cirujano.

Y callaron los dos. Sepan que *no* era su respuesta habitual; sentía, pronunciándola, un placer extraño. Aunque luego tuviera que ceder al *sí*, en un primer momento siempre era *no*.

No obstante, esta vez la denegación perduró. Sospechoso como un ratón fuera de su madriguera, don Pietro pensaba que las clases de inglés de Aurora, si no lo eran ya, podían convertirse en otros tantos pretextos para estar lejos de él. Aurora le iría con cualquier historia; y él, encadenado a un sillón, delante de una ventana desde la que no veía más que gatos, tendría que tragársela... No, no; ya se amargaba él bastante cuando ella salía a hacer su pobre compra.

Así transcurrió durante un año la vida con circunspección y temor. Todo, excepto la pensión, subía; y el Gobierno, ¡venga con los impuestos! Se creía que iba a enriquecerse

empobreciendo al país, como si fuera una viña.

Volvió a surgir lo de dar clases de inglés. Aurora dijo que su vieja maestra la había buscado por buena mujer y, teniendo el consentimiento de su papá...

—No —respondió, según su vicio, esa delicia de padre. Y añadió:

—¿Quiere aprenderlo de verdad? Pues que venga aquí.

—¡Oh, papá! —exclamó la muchacha con una ligera mueca.

¿Quién iba a subir diez tramos de escalera por una clase de inglés?

Con todo, el señor Pietro se dignó a reflexionar. Esta vez, su falso-egoísmo se enfrentaba a otro: se trataba de elegir entre un poco más de menestra o algo más de su hijita: y don Pietro, quizá en ayunas en aquel momento, se decantó por el “algo más de menestra”.

Sin embargo, quiso y exigió un montón de informaciones: después, impuso otras tantas condiciones. Y helo aquí, mientras Aurora no está, fijando la aguja de la péndola, que ya ha superado la hora fijada... Inquieto, manda al rellano una y otra vez a la chica que le cuida... Pasan diez minutos más... ¿Por qué no regresa? ¿Qué hace?

Aurora entra apremiada, jadeante.

Don Pietro, antes de que ella pueda hablar, empieza a ladrar como un perro de granja. Y ella, en un primer momento dudosa, responde con resentimiento. ¡Entonces él saca el segundo argumento! Es decir, el pañuelito. *¡Dios mío! ¡Hija desagradecida! ¡Las canas! El padre enfermo...* hasta el punto que la pobre zagala, asustada, con ojos perlados de lágrimas y sollozos, le pide perdón.

Un día, don Pietro, viendo a la chica aparecer con un ramito de flores, se empeñó en que se lo habían regalado.

—Es para ti —dijo ella y se lo dio—. Lo he *comprado* para ti —añadió advirtiendo el aire nublado del padre.

Sin embargo, como muestra de agradecimiento, este lo tira al suelo y dice: “te has puesto colorada”. Sigue entonces una escena de ira y llanto, cuyo recuerdo las muchas lágrimas de Aurora lavaron con grandísima pena.

¿O es verdad que ella se había sonrojado?

Sí... ¿era verdad, pues, que el ramito era un regalo?

No...

Mas para que yo pueda explicárselo mejor y ustedes entenderlo con menos dificultad, cogeré el pañuelo por otro de sus lados.

III. ENRICO SAN-GIORGIO DESCUBRE LA TIERRA PROMETIDA. Enrico San-Giorgio había regresado de su viaje quinquenal. Soltero y millonario, fue acogido con los brazos abiertos por las mamacitas, y las hijitas tuvieron permiso para comprometerse; para alguna de ellas fue más bien una orden. Y ya podían obedecer sin más; Enrico era joven y guapo.

Pero... él también era ingenioso, calidad no marital, así que, mirando a su alrededor, enseguida se vio en medio de amigos que le decían “tú ya estás curado de espantos”; de padres contándole sobre las alegrías domésticas, aprendidas de memoria en los libros; de madres —mayores y no mayores— agobiándole a fuerza de desmesuradas y afectuosas acogidas, ora invitándolo a comer para sentarlo al lado de colegialas moninas tontísimamente guapas, ora forzándolo a bailar con vírgenes maduritas, púdicas hasta el escándalo. En definitiva: se vio en medio de una red tan vasta de maquinaciones, de tantas cosas postizas que, asqueado y también algo asustado, decidió huir allí donde se dormía con beatitud “el sueño pesado de la barbarie”.

Totalmente decidido, Enrico paseaba un día por la calle absorto, pensando en los países vistos y en aquellos por ver. ¿Por qué no irse a Japón? ¡Allí, a esa tierra de jarrones, en la que el mundo es del revés, y nuestros sinsentidos tienen sentido, y nuestras excepciones son las reglas! Allí podría comprar un servicio de té, y luego muchos hallazgos curiosos —pelotas de marfil cinco-en-una, un vestido de papel, y dibujos extraños (sueños fotografiados) y zapatos de porcelana, pequeñitos... ¿y por qué no? Tal vez con sus piecitos vivos dentro, y todo lo demás fuera de ellos... «¡Así es que a Japón!... primero por Suez, luego por el mar Rojo... se pasa por Ceilán, me hago con un buen azafrán, vuelvo a embarcarme con destino a Singapur y Shanghái, voy a Nagasaki, luego Yokohama y, si se puede, me meto por el estrecho de Kanagawa...». Vislumbraba ya los dragos volantes en el imperial Jeddo, cuando “¡Oigan! ¡La vida, señores! ¡Eh!”... fue detenido por el carrito de un vendedor de peras asadas... ¡Maldito carrito!

Por lo cual, se apartó contra una tienda. Era de flores; en ella se veían tiestos de geranios nuevos y claveles, deseo de la pobre sastre; tiestos de artemisa, díctamo y ruda, amores de la solterona; ramos; musgo; coronas de rosas blancas que inflamarían la mejilla de una virgen esposa o empalidecerían todavía más la de una virgen muerta; pero sobre todo eso, cual fondo de una flor más espléndida: había una muchacha, verdadero reflejo de sol, que también se había parado ante el carrito de peras... ¡Oh bendito carrito!

La muchacha tenía una de esas caras que ahuyentan la tristeza, que embellecen los espejos, con colores y perfil finísimos, con la nariz amablemente aguileña, a la que los ojos espabilados y un germen de maliciosa muequecita en el lado derecho de los labios dotaban todavía de más gracia. Y esas manitas, largas, finas, con mitones de punto; una en el pecho, cual broche, recogía un pequeño chal escocés; la otra, sujetando un ramillete de violas, bajaba hasta la falda de mil rayas blancas y negras. Debajo del dobladillo de esta, se asomaba la puntera de un zapatito, tan pequeño que uno podría llegar a dudar de que allí cupiera incluso el nido de una tórtola.

Enrico sintió su corazón conmovido; entendió que sus viajes se habían acabado; se le cayó de la boca lo que quedaba de su puro, y dijo:

—¡Oh, qué ramillete tan bonito!

Al oír su voz, la muchacha giró la cabeza al tiempo que florecía en su rostro una sonrisa; mas, dando con el joven, se sonrojó y volvió su mirada al ramito, casi como si le quisiera transmitir ese cumplido, que, bajo el nombre de él, le había sido dirigido a ella. Luego, muy rápidamente, se marchó. Y él le fue detrás.

IV. QUIÉN IBA A SUBIR DIEZ TRAMOS DE ESCALERA POR UNA CLASE DE INGLÉS. Unos pocos días después, el timbre de casa Morelli exclamó “¡ring-tintín-tintín!” y la criada, corriendo a abrir la puerta y viendo a un joven rubio, esbelto y guapísimo, creyó que iba a entrar en casa el mismo Arcángel Rafael vestido a la moda.

Ni ella le preguntó qué quería, ni él lo dijo, puesto que los dos ya estaban en la sala, ante el amo de casa.

A este el recién llegado, después de una reverencia, le preguntó:

—¿Tengo el honor de saludar al señor Pietro Morelli?

—Sí, a sus pies —respondió el enfermo, algo maravillado.

Siguió una pausa de lo más desconfiada.

—Pase usted.

La sirvienta llevó una silla al forastero.

Este se sentó.

—Me llamo Enrico... Giorgini —empezó a decir; y dijo que era un comerciante de tejidos que, cansado de cómo le iba el negocio en Italia, quería irse a América... concretamente, a Nueva York...

Don Pietro con un gesto asintió, como si dijera «¡Muy bien!».

—No obstante —prosiguió el joven— hay un problema... desconozco el idioma...

—En efecto, es un problema —coincidió el enfermo.

Ahora bien, en casa de amigos, él, Giorgini, había oído hablar de una señora Morelli, maestra de inglés de la contesa Orologi... de la cual la contesa estaba *enchantée*...

En este punto don Pietro rechazó con la mano la alabanza, como si fuera para él, ¡bah!

—Así es que —concluyó Giorgini—, le ruego a su hija que me acepte como alumno; alumno algo viejo, pero lleno de buena voluntad, rogándole que me ponga unas dos horas de clase al día.

Don Pietro, mientras Enrico hablaba, masticaba una a una sus sílabas; cuando acabó, se sacó del bolsillo, para tomarse su tiempo, un pañuelito, lo desplegó, buscó las extremidades y lo usó. Sonándose la nariz, lentísimamente, vio que podía alcanzar a la vez los dos objetivos, esto es, *algo más de menestra y no menos de hijita*.

Sin embargo, contestó:

—Aurora estará a punto de regresar; ¿tendrá usted la paciencia de esperarla?

—Claro que sí —dijo Enrico, que no esperaba otra cosa.

Y aguardó. Mientras tanto, discurrió de muchas otras cosas con el viejo, quien, habiendo encontrado a alguien que siempre le daba la razón, estaba muy contento.

—Ya está aquí —dijo de repente el enfermo, indicando la puerta—. Está subiendo el último tramo de escalera...

A Enrico se le revolvió la sangre; se levantó.

—¡No se levante! —sugirió don Pietro.

Mientras la criada aguantaba la puerta, entró Aurora con una carita que brillaba más de lo habitual. Al principio, viendo a una persona desconocida, mantuvo su porte avispado; luego, cuando la reconoció, se sobresaltó.

—El señor Giorgini —dijo entonces su papá— quiere aprender inglés. Me pregunta si dispones de unas horas al día, y de cuáles. Vendría aquí —y apoyó su voz en el *aquí*.

—Yo las tengo todas libres —avisó el joven.

—Podría decir lo mismo —dijo la muchacha sonriendo con ese frunce de labios pillo tan suyo. Y añadió después de mostrar cierta duda:

—¿A las dos le vendría bien?

Enrico, que se la comía con los ojos, y a duras penas no con la boca, estuvo a punto de contestar que todas las horas transcurridas con ella debían ser bellas —bellas como ella—, pero se contuvo. En cambio, habló de alumno a maestro; le preguntó si el inglés era una lengua difícil, se informó de las mejores gramáticas, de los libros de primera lectura, intentó alargar la conversación, conversación que, por cierto, ella tampoco trataba de acortar. ¡Oh, si no hubiera estado el papá, quién sabe cuánto tiempo seguirían así! Mas tuvieron que acabar. Enrico le apretó la mano al papá y luego a la espléndida chica. Al aferrarla, el tremor que nació en los pulsos de los dos y se extendió por las venas les dijo cosas que tenían muy poco que ver con los libros de enseñanzas de idiomas *Ollendorff* y *Millhouse*, pero que eran mucho mejor.

V. PROGRESOS EN INGLÉS. Al día siguiente, empezaron las clases. No hubo alumno más constante que él, ni una maestra más puntual que ella. Él se sentaba a un lado de la mesa, ella en el lado opuesto; entre ellos, al tercer lado, se sentaba en su sillón el papá con sus gafas dirigidas a un libro y los ojos por aquí y por allá.

Después de cuatro chácharas sobre la salud y el tiempo, comenzaba el *dictado*. Era curioso notar cómo ella se esforzaba en pronunciar bien y él en escribir mal. A veces, Enrico se paraba para plantear una pregunta o una duda o, mejor dicho, para alegrarse la vista; y ella le contestaba turbada. ¿Turbada? ¿Por qué? ¿Quizás porque se daba cuenta de que le estaba dando clase a un maestro? ¿Y, aun así, callarse? ¿Para qué?

A continuación, se leía el dictado: era el momento fundamental de la clase. Entonces, las dos sillas amorosas se acercaban al cuarto lado de la mesa, es decir, justo en la cara del sillón egoísta del papá; la bella muchacha, con la punta de un cortapapeles, le abría camino a Enrico, mientras este, a menudo, se ensimismaba en la observación ya no de la palabra, sino más bien de los dedos finos que se la indicaban. Y la chica:

—Venga, señor: dígame.

—¡Maldito inglés! —mascullaba el papá de forma que el alumno, sacado de su éxtasis, recalcaba la palabra reacia de manera tal que, si la amable Aurora solo hubiera sido maestra, habría sacado provecho de ello.

Algunas veces, además, le entraba un cosquilleo caprichoso en la mejilla al acercarse la melena de ella; un poquito más y se hubieran tocado. En aquel momento eran presa del desconcierto; actuaban como borrachos; leían mecánicamente o, mejor dicho, creían leer, ya que, en realidad, nadie hubiera podido enterarse de sus confabulaciones.

¡Suerte que todo el inglés que sabía el padre consistía en *beef-steak* y *roast-beef*, además de *yes*!

Sin embargo, un día, mientras practicaban algo de *diálogo*:

—*Whom do you love?* —preguntó la bella dirigiéndose a Enrico y mirándole enamorada.

Enrico no pudo resistirse.

—*I love you!* —dijo con entusiasmo.

La muchacha se sonrojó.

—¿*Love?* ¿Qué quiere decir *love*? —dijo el padre, perturbándose y arrastrando la voz.

Y, entre toma y daca, Enrico:

—Yo como.

Don Pietro los fulminó, primero a él y luego a ella, con una mirada tal que, si las miradas dejaran huellas, los habría matado de un plumazo. Cuando se acabó la clase y Giorgini se fue, se puso a consultar el diccionario de inglés de Giuseppe Baretta.

VI. *MALUS HOMO STULTUS EST*. Al día siguiente de la amorosa declaración, Enrico adelantó en unas horas su llegada a la casa de los Morelli, aprovechando justo el momento en que la muchacha no estaba. Aquel día, Enrico tenía un aspecto grave; don Pietro, brusco.

—Necesito hablar con usted —dijo Giorgini inclinándose ante el viejo antes de sentarse.

—Yo también —le contraatacó el otro con una risita sarcástica como triste presagio.

—Dígame usted —accedió el joven.

—No, dígame usted —insistió don Pietro.

Entonces, Enrico se inclinó hacia atrás en la espaldera de la silla, pasando su mano encima de la boca y acariciándose el mentón. Quizás había preparado un discurso, pero se le había esfumado.

El papá de Aurora lo miraba fijamente, en espera.

Enrico se cansó de buscar:

—Señor —dijo con un movimiento enérgico de la cabeza—, hablemos claramente. Adoro a su hija y le pido su mano.

En ese momento don Pietro no pestañeó, sino que respondió con calma, con la calma antes de la tormenta:

—Me enteré *yo* ayer de que usted le hacía la corte a mi hija; hoy, ¡que sepa *usted* que, en cuanto a casarse con ella, *nichts!*

A Enrico se le puso el rostro en llamas; sin embargo, se limitó a rizarse el bigote y, con todos los medios, defendió su causa y la de todo corazón noble; habló del inmenso amor por ella, amor que solo se podía parangonar al de ella por él...

A todo ello, don Pietro resoplaba y barbullaba entre dientes: ¡oh! Llevarse a una zagala... ¡no es moco de pavo!... ya; cortada, como las sandías... ¡Vaya!

Después, Enrico dejó de lado el tema del amor y habló de cifras; dijo que él no se llamaba Giorgini, sino San-Giorgio, de los San-Giorgio di Ponte (lo que significaba millonarios), por lo que Aurora y él colmarían a *su papá* de todas las comodidades posibles.

Esta última cuerda no le sonó del todo mal al papá.

—En definitiva —concluyó el joven cogiéndole al otro de la mano, con rezo y esperanza— Usted puede concedernos la felicidad.

Pues bien, este argumento —lo crean o no— fue el que arruinó toda la causa. El falso-egoísmo susurró enseguida al enfermo que allí donde dos se quieren de verdad, un tercero está de más; que él parecería un trapillo de algodón, de colores vulgares, mugriento, en un cajoncito de pañuelos de batista, bordados, blanquísimos, perfumados; luego susurró que pasaría su vida en un palacio, sí, pero no en el suyo, en medio de alfombras, tapicerías, muebles taraceados, pero siempre de otros... ¡y de otros también su hija! Y, entre una multitud de siervos, siervo él mismo; en conclusión, que él viviría espléndidamente de la *caridad*, sin derecho a quejarse. ¡Y mientras tanto Aurora y Enrico a pasarlo bien, a gozar! *Gaudiumque coeli poena poenarum damnatis.*

Así que contestó tajante:

—No.

¿No? Enrico era de un pronto fácil. Vamos a ver: hay vino de aguja y vino mudo. Enrico, después de levantarse con impetuosidad, dio un puñetazo en la mesa tan fuerte que la rompió, gritando:

—¡Hombre ruin!

Don Pietro, con su sillón, rodó hasta el fondo de la habitación, pálido, como si el golpe homérico le hubiera pegado de rebote.

—¡Fuera!... ¡largo de aquí!... —gritó.

Y Enrico, asustado por el susto del viejo, se fue corriendo por la puerta.

Mas, bajando por la escalera, dio de bruces con la chica.

—¡Aurora! —exclamó besándole el rostro—. Le he pedido tu mano a tu padre. Y él... ¡me rehusó!... Lo asusté... perdona —y en cuatro frases se lo contó todo.

¿Y ella? Ella también le besó... ¿solo eso? Así que él se fue echando chispas.

VII. ÚLTIMAS SALPICADURAS DE MALDAD. Justamente en ese día infausto, don Pietro tuvo su segundo ataquito. Se quedó dos días sin poder articular una palabra, los dientes tan apretados que apenas se le pudo introducir en la boca alguna cucharada de comida. El tercer

ataquito no habría tardado mucho si él hubiera sabido que Enrico en persona había ido corriendo al médico y al farmacéutico y que ahora estaba a su lado, ansioso, esperando poderle servir de nuevo.

Mas don Pietro solo volvió a poner pie en la vida (casi perseguido por la muerte) para lanzar injurias contra la hija y su amado. Parecía que nunca tenía bastante. Dijo tanto que el médico confesó a Enrico que tenía más ganas de enviarlo al otro barrio que de conservarlo en vida para la hija. Esta se derretía en lágrimas. Quería que su padre se quedara, que no le sobrase una gota para llorarlo muerto.

VIII. EL TESTAMENTO DE DON PIETRO. Es de mañana; las seis. El médico ha dicho a Enrico que el enfermo puede abandonarlos en cualquier momento, y el joven se lo ha dicho a la muchacha. Hace diez horas que don Pietro tiene cerrada la boca y los párpados, encogido contra la pared y jadeante: a las primeras palabras de una pregunta de Aurora que olía a iglesia y curas, él, impaciente, ha temblado. Nada más.

La muchacha está a su lado y tiene su mano en la frente, mientras, en la misma habitación, Enrico, detrás de un biombo, aguarda una palabra de paz.

Hacia las siete, el moribundo se gira con dificultad, mira a su hija, y con la voz, tan apagada como sus ojos, dice:

—Aurora.

—¡Oh, papá! —y la chica le besa.

—Parece que la vida me va a dejar —gimiendo—. Y yo... yo fui muy malo... más que malo, con tu madre y contigo... pero...

—¡Oh, papá! —solloza la muchacha.

—Pero —sigue con pena—, quiero que seas feliz... Debes jurarme... ¿Eh? ¿Jurarás?

—Sí...

—Que no te casarás con Giorgi... San-Giorgio, porque...

Enrico se sobresaltó haciendo que el biombo vacilara, y huyó a la habitación de al lado. Allí se lanzó sobre una silla, y lloró. Oh, Dios mío, ¿alguna vez se ha destilado una quintaesencia más pura de maldad?

IX. DECLARACIÓN DEL TESTAMENTO. Aurora entra en la habitación donde Enrico se está atormentando, pálida, con dos lagrimitas que le corren por las mejillas:

—¡Pobre papá! —suspira.

—¿Y tú... qué has prometido, tú? —le pregunta su amante con un sollozo de angustia.

Y ella: algo que cumpliré.

El joven la mira con ojos de loco, unos ojos que avisan que se van a cerrar todas las puertas.

—Oh, Enrico —exclama la bella—. ¿Quién nos impide amarnos?

Y de hecho se amaron, y se amaron *para siempre*, pues era el amor lo único que los ligaba. Y trajeron al mundo niños inteligentes y guapos, que fueron para ellos el mejor contrato de matrimonio y la mejor de las bendiciones.

Carlo Dossi, *Odio amoroso*

I. Se volvía y revolvía, ¡nada! No le entraba sueño. ¡Ya lo creo! Su fantasía ardía en el recuerdo de una zagala guapísima que se había comido con los ojos ese mismo día, una Virgen de Correggio, huida de la gloria de un cuadro para asomarse a una ventana. Solo que, en los brazos, en lugar del niño infla-ampollas, sujetaba a un gato atigrado. Y lo acariciaba... ¡Gato feliz!

¡Enamorado, pues, colado, recolado! Él, Leopoldo Angiolieri, quien tomando unas copas en Nueva Orleans había exclamado “amor, en la rutina, es un nombre decente para expresar... otra cosa”. El hecho es que, hasta ese momento, esto es, los veintisiete y algo, ningún arpón amoroso había enganchado a Leopoldo; quien tenga juicio sabrá que cualquiera de nosotros lo mide todo con su propia vara de medir.

En verdad, hacía falta que, para cambiar de ideas, él cambiara de mundo, que volviera justo al pueblo —¡imagínense!— en el primer día.

Volvía por su hermana... Mas aquí la palabra hermana lo desvió hacia otros pensamientos, pensamientos indigestos. Cuando había salido para el otro lado del charco —no suponía que su ausencia duraría mucho—, habían metido a Ines, de apenas seis años, en un internado; ahora, catorce años después, regresaba para ejercer de padre. Y lo hubiera hecho de corazón y con alegría antes de que apareciera su desconocida; pero ahora, no; ahora, una hermana le venía muy mal, en todo caso. Ya que, de ser espabilada, ¡qué tormento! De ser tontita, ¡qué aburrimiento! ¿Y cómo era? Leopoldo se decantaba por la segunda hipótesis; de hecho, el retratito que ella le había enviado a los doce años lucía una cara gorda, dormijosa. Sin embargo, no caía el joven en que el que dormía era amor, y el que duerme, despierta. En todo caso, sea como fuere, ¿para qué están las dotes? ¿para qué los muertos de hambre?

Así, después de ahuyentar con un suspiro a ese moscón de su hermana, Leopoldo dirigió toda su imaginación a la radiante desconocida. Y recompuso sus ojazos, negros; y el río de su melena negra, y el rostro “color de amor y piedad”, pintado inmediatamente de vergüenza en cuanto se percató de él para luego desaparecer.

Se volvía y revolvía, y sintió que ya sonaban las cuatro.

II. Por la mañana, fue a verlo el señor Camoletti, su apoderado en Italia. Era una miseria de hombre, con su cara de color queso holandés, con dos ojitos negrísimos, de garduña; negro el pelo desmochado; negra su perilla de cabra; negra su corbata (y ni un indicio de camisa); negros su traje ahorcado y su calzón; de manera que parecía que acababa de salir chorreando de un tintero. Su cuerpecito, inquieto, los párpados pegadizos, las manos que no se aquietaban nunca, todo trasmitía claramente su carácter, chanchullero y astuto. Cuando hablaba, quien escuchara solo su voz debía de pensar: “¡Oh, piropeador espabilado!”. Era cuatro-palabras-un-cumplido-y-una-reverencia.

Ese hombrecito, después de derretirse por el retorno feliz y la buena presencia de Leopoldo, habló de la suerte de recibir, el día antes, una nota del “muy justo señor conde” —y aquí un saludo con la cabeza—, pero también mencionó la desgracia de no haberla podido leer hasta la noche... “entenderá usted, nosotros, los hombres de negocio...” No obstante, como él, por fortuna, vivía en la misma calle del *Pensionnat Anglais Catholique* de doña Ines —y aquí otro saludo—, le había enviado su calesa y la nota. Desgraciadamente, la condesita había salido a comer a casa de una amiga suya y todavía no había regresado...

—Sin embargo —observó Camoletti—, yo ya había tenido el honor de participar a doña

Ines la llegada inminente de su señoría. Doña Ines lo aguardaba desde hacía tiempo.

—Yo también —dijo Leopoldo—. Piense usted, señor abogado, que ella apenas había cumplido los seis años cuando yo salí con papá. Me acuerdo bien; era una niña regordeta, ciertamente no guapa; mala como un duende...

—¡Oh, vaya! —exclamó Camoletti—. Entonces, ¿quién es la condesita de ahora?

—También es verdad —notó el joven— que las chicas guapas nacen a los quince años...

—Efectivamente... —estuvo a punto de decir el abogado.

—¡Por favor! —lo interrumpió Leopoldo—. No me diga nada. Déjeme usted algo de sorpresa.

Sonó el timbre.

—¡Un brougham! —le ordenó al criado.

Mientras tanto, la conversación se ciñó a los negocios, y pareció que en general iban estupendamente, puesto que de la boca de Camoletti salieron diez “por suerte” por cada uno de los “por desgracia”. Leopoldo, por su parte, aludió a unos cambios que él quería poner en marcha en sus propiedades (propiedades que visitaría la semana siguiente), habló de maquinarias agrarias encargadas en Mánchester, de un nuevo sistema de arrendamiento, de nuevos cultivos; con lo cual la conversación, continuando también en el brougham, se hizo muy interesante, hasta el punto que, cuando este paró, el cochero tuvo que bajarse, abrir la puerta, y decir: “¡Señores!”.

Y ellos bajaron y entraron.

A pesar de que la vaguísima incógnita ya había ocupado en Leopoldo el mejor lugar, sin embargo, encontrándose él tan cerca de aquella que únicamente podía llamar todavía pariente, tuvo cierta palpitación. Es que Ines, quizás, ni era un velo de tul, ni una que iba curioseando en cualquier sitio, ni una pelma soltando “¿por qué?” a cada paso; más bien, era una de esas criaturas devotas, sentimentales, verdaderos cajones de nuestros secretos, y manualitos de filosofía práctica. Ahora bien, ¿hay alguien que no sepa que los amantes siempre están confesando algo y siempre están pidiendo consejos?

No encontraron a nadie por las escaleras, pero en el primer rellano el señor Camoletti preguntó a una vieja sin cofia y con bigudíes que le saludó por su nombre y apellidos:

—¿Está doña Ines?

La sirvienta contestó: que las señoras maestras y todas las damiselas estaban en la misa... “misa baja”, agregó para consolarlos, “¿quieren sentarse, mientras tanto?”, y les abrió una puerta que llevaba el letrero “Dirección”.

Ellos no contestaron que no.

Una vez que se quedaron a solas, también se quedaron callados. El señor Camoletti, sentado en una silla de brazos, después de haber crujido los dedos un ratillo, empezó a comerse las uñas furiosamente. Leopoldo daba vueltas por la habitación. En sus paredes, además del retrato del rey, estaba colgada una exposición (exposición en toda regla) de acuarelas y dibujos, de ensayos de caligrafía, pantuflas bordadas, guirnaldas de flores, cuadros de margaritas, inscripciones (*¡que viva la directora! ¡que viva su santo!*), todo ello tras un cristal y enmarcado; y, encima de mesas y mesitas, programas del Instituto, ramos de flores de papel, una cestita con tarjetas de visita donde flotaban los que llevaban la corona; además, dentro de un armario, un centelleo de oro y plata —balanzas, copas, una nube de petacas una encima de otra como latas de sardinas, y timbrecitos y plumas y cubiertos— regalos y obsequios. ¡Oh, cuántas señales de amor!... digámoslo mejor... ¡oh, cuánta adulación hipócrita! ¡oh, cuánto afán de pagar las cuentas fastidiosas de la gratitud! Y se

pretendía que todo aquello fuera visto y admirado. Leopoldo apenas le echó una mirada. Sin embargo, como, ni para ser admirado ni visto, yacía, olvidado en el escritorio, un cuadernito, Leopoldo lo abrió.

Y leyó:

«Notas sobre las chicas del P. A. C. (*Pensionnat Anglais Catholique*). Año corriente... escritas por mí, directora MARIA STEWART»

Y, en la primera página, letra A:

«ALDIFREDI baronesita VITTORIA: diecisiete años, nariz respingona; pelo estilo barba-jovis; tez de fuego.

Desde que soy directora del colegio, no he tenido a una chica tan glotona. No deja pasar ni una. ¡Y eso que entre comidas no hace otra cosa que zamparse cajas de fruta confitada, y pastillas y chocolate y caramelos de menta! El día antes de ayer, por ejemplo, me robó y vació el tarro de mostaza. Además, siempre se está riendo de todo. Yo entro en clase, ella se ríe; entra el señor Catequista, se ríe. La regaña, se ríe todavía más. Y les contagia a las demás la risa floja.

De entre todas las flores, Vittoria ama el clavel...»

Pero aquí Leopoldo abandonó Aldifredi y pasó a la A-ene.

Y leyó:

«ANGIOLIERI doña INES (de los condes): veinte años.

Buena muchacha, aunque se hace la interesante. Por mucho que se los requise y la vigile, me lee novelas continuamente, cosas francesas e histéricas.

Su flor favorita es la violeta. No sabe tocar otra cosa que nocturnos, *cloches du village*, *dernières pensées* y otras jeremiadas por el estilo.

Ines come lo menos posible...»

—¡Oiga usted, señor abogado! —preguntó Leopoldo—. Aquí pone que mi hermana come lo menos posible. Esta es, opino yo, una señal de buena conducta en el colegio. ¿Qué piensa usted?

Camoletti escupió rápidamente unos restos de uña y dijo:

—¡Oh claro! ¡Buena!... ¡ji... ji! —dijo con una risa caballuna.

Y Leopoldo leyendo, esta vez en voz alta:

«... Envía cartas largas a las amigas, con signos de exclamación y puntos suspensivos...»

—Dígame, señor abogado. ¿Abren, pues, sus cartas?

—¡Ya sabe usted! ¡En los colegios! —dijo Camoletti con un tono que sobrentendía “es un uso del todo natural”.

—¡Vaya! —rio sarcásticamente el joven. Y siguió:

«... signos de exclamación y puntos... en las que les confía sus disgustos imposibles».

—¡Uf! —pensó— ¡qué tormento! ¡Justamente a mí me tenía que tocar! Mejor hubiera sido la alegre Vittoria —y, afligido, cerró el cuadernito.

En ese momento, ruido de pisadas y de fresquísimas voces. La sangre refluía por el colegio. Y, en la sala, pareció que el oro, la plata y el cristal resplandecían dos veces más ante la idea de poder reflejar algún rostro bonito; también desde el jardín se levantó una multitud tal de pío-re-pío-pío que toda hoja y toda flor parecían haberse mudado en un avispa pajarito.

Los pasos, el gorjeo, el murmullo ya rozaban el umbral de la dirección. Y una vocecita, maliciosamente bronca, decía: ¡Señoritas! Se lo ruego; ¡no hagan demasiado ruido!

¡Y venga con unas risas! Las muchachas pasaron cerca de ellos.

Y, después de un momento, se oyó un paso rápido. Leopoldo se puso serio.

—¡Oh, hermano mío! — exclamó una chica entrando a toda prisa.

El joven se echó para atrás. Su amada ya no era una desconocida.

—¡Abrázalo, Ines! —dijo la directora, que había salido al umbral viendo que la zagala estaba parada.

Ines se acercó a Leopoldo temblando: ella, como una muñeca, la abrazó; él se dejó abrazar.

—¡Estoy contenta, señor conde! —dijo la vieja maestra avanzando—. Siéntense.

Y los cuatro se sentaron.

Así que empezó la conversación; y siguió solo entre Camoletti y doña Maria, los dos, en cuanto a labia, de la mismísima clase; la mujer, de frente a las relumbrantes vitrinas del joyero, cogió las riendas y empezó a elogiar a su alumna, dándola por buena, y suspiró y lloró; el otro, en cuanto logró robarle la palabra de la boca (ya que no había otra manera), soltó una parrafada de alabanzas a su jefe que, si se hubieran cambiado los tiempos verbales de presente a pasado, también habría servido de necrológica. Sin embargo, en cuanto a la hermana y al hermano, ni una de aquellas llamas de cariño que esclarecen de repente antiguos recuerdos olvidados, recuerdos de la infancia; estaban sentados con la boca cerrada, solo contestaban con señas; parecían, en conclusión, dos pobres paletos que, disfrazados de ricos, se avergonzaban de su atuendo.

—¡Oh válgame el cielo! —se dijo a sí mismo—. ¡Lo que hace el amor!

III. En verdad, hacía cosas malas, ya que Leopoldo volvió a su hotel y se fue a su habitación solo (había dejado a su hermana en el colegio con el pretexto de que en unos días iría a buscarla para llevarla a su mansión) y empezó a lagrimar; luego se desasosegó y acabó maldiciendo a todos los demonios. Y qué clase de demonios eran, ¡lo puede decir la cuenta del hotelero!

No: la hermana de hoy no borraba la amada de ayer. Argumentaba bien la señora Razón, pero el Sentimiento no entendía su lenguaje. Leopoldo pensó en escribir a Ines, decirle que estaba obligado a volver a América, que lo obligaban los negocios, y se puso a ello con toda intensidad. Pero, después de dos líneas, se paró. ¿El abogado le creería? ¿Con qué cara podía abandonar a la muchacha, quien, quizás, o mejor dicho, segurísimamente, lo consideraba tan solo su hermano? ¿Dónde estaba la voluntad? ¿Dónde el coraje?... Y rompió la hoja, y luego la libreta.

Se levantó desesperado. No, él no debía alejarse de ella... o sea, no podía, porque...

Dio un suspiro de avidez y ante ese mismo suspiro se estremeció.

IV. ¡Piensen, pues, qué infierno! ¡Y quién sabe cuánto duraría!... un infierno cuyas penas mayores eran, justamente, los esfuerzos para disimularlas, hasta el punto que cada conversación tranquila con el abogado le costaba al joven una o dos sillas.

Un día el abogado le dio a entender a Leopoldo que su hermana no sabía qué pensar de su distancia, y se quejaba y lloraba, y...

—¡Hasta mañana! —lo interrumpió bruscamente Leopoldo.

Al día siguiente, una carroza de cuatro caballos y postillones paró delante del colegio. Las ventanas se convirtieron en marcos de otros tantos cuadros vivientes de mozas y chicas; las primeras, curiosas de la magnífica tripulación; las otras, de su dueño. Ines pasó de despedidas a votos, de votos a abrazos; ¡recibió tal cantidad de besos que si hubieran sido de labios con bigote, habría reavivado a innumerables chicas no amadas!... Así, besos perdidos.

Sin embargo, Leopoldo permanecía en su carroza.

—Tu señor hermano —dijo Giorgina Tibaldi, sinceramente, a la amiga— es una maravilla de joven, pero, en cuanto a cortesía... bueno, perdona... es americano... quizás demasiado.

Ines callaba. Acompañada por el abogado y la directora, bajó las escaleras y se subió al estribo. No se había acicalado: solo se había puesto una mantilla con capucha encima de los hombros. La belleza no requiere más que luz: ¡oh, si supieran las guapas el daño que hacen los espejos! Ines, mal vestida, aparecía tan atractiva, tan voluptuosa que el joven, asustado, se quitó de su lado y se sentó en el opuesto diciendo:

—¡Oh, abogado! —con una voz ansiosa, ahogada—, ¡venga usted!... por favor.

Camoletti dio las gracias vivamente, pero pidió disculpas:

—Si se acuerda —añadió—, debemos hablar hoy mismo de la herencia de su tía.

—¡Malditos pleitos! —dijo a media voz Leopoldo mirándolo y cerrando la puerta de golpe.

La carroza salió.

Entonces el joven se volvió a meter en su rincón y le dijo a la hermana que el cansancio podía con él... ¡Después de trasnochar, ya ves!... Así que por favor le perdonara si se echaba... a dormir.

Ines no contestó nada.

De esta manera siguieron, al trote, durante cuatro horas. De todos sus viajes, tremendamente agotadores, ninguno lo extenuó más que este.

V. Por supuesto, Leopoldo tampoco iba a poder descansar en la villa con ella. La homeopatía allí no le servía. Por mucho que Leopoldo se sobrecargara de negocios, por mucho que hiciera que estos se le complicaran y estuviera todo el día en sus latifundios, en el espejo de su cabeza siempre se le asomaba esa cara pálida que parecía iluminada continuamente por la luna; por mucho que se enredara en disertaciones filosóficas sobre la ecuanimidad y la manera de aniquilar las pasiones, es decir, de vivir como muertos, incluso aprendiéndose de memoria los conceptitos ingeniosos y las frases elegantes, toda esa doctrina, redactada en un despacho de cara a la galería, se venía abajo ante el recuerdo de una mirada de ella, extremadamente lánguida y negra.

Llegaban entonces los furores. Entonces él corría a encerrarse en su habitación escondiendo la llave bajo el retrato materno. Daba vueltas como un león hambriento. Lo sobrecogía el anhelo de abrazarla, de besarla... ¡qué digo!, de morderla, de apuñalarla. Sin embargo, de repente, aterrado de sí mismo, se echaba a la cama, suspiraba de angustia y miraba con los ojos llenos de deseo sus pistolas. Oh, ¡hacía falta mucha valentía para no

tocarlas!

¿Y si huía de ella?

¡Una locura! Se sentía ligado a ella como con una doble cadena. Tal vez, si solamente amara, no sería imposible; pero en el amar él también odiaba, y una gota de odio hace un sentimiento eterno.

Aunque todo aquello le suponía muchas punzadas crueles y torturas, ya no podía prescindir de esos terribles instantes en los que estaba cerca de ella, mejor dicho, en los que estaba a su lado; esos en los que sentía a la vez las llamas amorosas y los escalofríos del horror y los saltos de la desesperación; y todo ello bajo una máscara de calma que solo revelaba la impetuosa pasión en la convulsa frecuencia de aquel nombre, el más severo, el más dulce, “hermana”.

Y, a veces, Ines lo miraba fijamente con los ojos hinchados, ribeteados de dolor...

¡Pobre muchacha! No había hecho más que cambiar de prisión... y a peor. De hecho, si no otra cosa, en el colegio alegres voces de amigas se mezclaban a la voz imperante del timbre; aquí, encerrada como lluvia otoñal, resplandeciéndole el sol a su alrededor, con sirvientas en lugar de compañeras, sin ver a nadie excepto a su hermano y un viejo médico, se sentía horriblemente sola, vacía incluso de pensamientos, pues temía pensar; en el colegio, a través de las persianas, vislumbraba un fin, un cambio; aquí, ante aquel largo horizonte, la nada. Ahora, Dios mío, ¿qué cosa es más espantosa que el infinito?

Y la salud se alejaba de ella, así que Leopoldo, agitado, le preguntó al médico una noche:

—¿Qué me dice de mi hermana?

—Digo —respondió el médico— que su hermana tiene una de esas enfermedades que los médicos no curan. Por lo menos los médicos viejos, como yo, desafortunadamente. Doña Ines está enferma de amor.

—¡Ah! ¿Enamorada? ¿De quién? —exclamó Leopoldo hosco. Y, sin esperar la respuesta, se fue corriendo a sus aposentos y se puso a recorrerlos de arriba abajo.

Una multitud de sonidos le murmuraba un nombre... tembló. Lo estremecía su estado, que él mismo no se había atrevido a figurarse con claridad y que ni en los demás habían ni siquiera sospechado. No, eso no podía ser... no debía ser. Mejor dicho: hacía falta buscar un nombre distinto, cualquier otro.

Y buscó, con mucho dolor... ¡Ah, claro!... Emilio Folperti... Pero no. Imagínense un aparcerero suyo, que un día el médico había llevado a la casa de los Angiolieri; un joven guapo, sí, pero nada más. El tal Folperti había creído granjearse al hermano halagando a la hermana, y Leopoldo —con amable descortesía— le había cerrado primero la boca y luego la puerta en la cara; más tarde, se había olvidado completamente de él. Sin embargo, ahora, considerándolo su rival, Leopoldo no lo aguantaba más, no le parecía que el mundo fuera bastante grande para los dos... o él o el otro... tenía que pedirle cuentas... ¿Cuentas? ¿Y de qué?... ¿Y si Folperti se las pagaba casándose con ella?

El sentido común seguía susurrándole “¿cómo es posible que ella quiera a un hombre tan frívolo en cuanto a belleza e inteligencia?”; sin embargo, le vino a la cabeza otro sofisma: “¿acaso no se adoran estatuas? ¿No se adoran monstruos? ¿No se besaron cadáveres?...” Así que Leopoldo, impulsado por unos celos furiosos, abrió la puerta de par en par y atravesó el pasillo, largo, que dividía sus cuartos de los de ella.

VI. Era de noche y en los cuartos de Ines ni una lámpara estaba encendida, si bien las ventanas abiertas dejaban entrar a sus anchas los rayos lunares y la brisa. Leopoldo cruzó los

dos primeros y, en la siguiente, estaba Ines, en el balcón que daba al jardín, sentada e inclinando la cabeza hacia atrás, con los ojos velados y los labios entrecerrados, en ese estado de abandono y casi desfallecimiento que invade a quien ha llorado mucho y mucho se ha angustiado. Llovía a su alrededor, la luna lloraba por ella.

Leopoldo se quedó contemplándola un instante, y ella quizás notó que estaba cerca, muy cerca, aunque permaneció inmóvil.

Leopoldo intentó pronunciar un nombre; la lengua no le obedecía. La obligó, y dijo:

—¡Hermana!

Los párpados de ella se levantaron lentamente y mostraron dos grandes ojos nadando en negras ciénagas de dolor.

—Hermana —repitió él a duras penas, con un tono alterado—. Estoy todavía aquí... porque... porque no puedo estar lejos de ti... cuando sufres. Y sé que estás sufriendo.

—Pues no —dijo ella con un hilo de voz.

—¡Sí! —dijo él en un arrebato de rabia—. ¿Por qué me contradices?... Sufres terriblemente. Lo leo en tus ojos, ebrios; en tu agotada cara de color perla; en tu misma forma de sollozar. Y además, sé cuál es tu mal.

Ines sonrió pálidamente.

—Tú sufres por amor.

Ella se sobresaltó. Se puso derecha y, entrelazando sus manos a la altura del corazón, como si quisiera retenerlo pareciéndole que se le quería salir, gritó:

—¡No!

—¡Sí! —repitió Leopoldo con una llama en las pupilas plantándose delante de ella—. ¡No me mientas a mí! Sufres porque amas a... a un tipo al que yo odio, al que abofetearé, mataré —y hacía como que señalaba a sí mismo— a... —torciendo la lengua— a... Emilio...

No dijo más. Ella lo miraba, sinceramente asombrada, y él se estremeció de alegría y dolor a la vez.

—¿Entonces quién es? —dijo inclinándose encima de ella con los puños apretados.

Ines no paraba de temblar.

—Quiero saberlo —le dijo—. ¡Quiero!... ¿lo entiendes?

El rostro de la muchacha se desfiguró y asumió la extraña hinchazón del rostro de un loco. Y una voz ronca exclamó “Tú”; y un beso, como un carbón candente, ardió en su sonrisa eterna.

En cuanto Leopoldo tocó con su boca la de ella, se retiró aterrado, se puso las manos a la cabeza, huyó. Caín de amor.

Ella se mordió los labios hasta sangrar... luego, cayó desmayada.

VII. Después de aquella noche, los dos jóvenes tenían miedo el uno del otro. Leopoldo empezó a ausentarse lejos de casa durante semanas, ora cabalgando a lo loco, cuando le daba algún ataque de furia, ora tumbado en el césped, cuando el agotamiento vencía a la exaltación. Ines, dándose por indisputada, dejó de salir de su habitación.

Sin embargo, semejante vida no podía durar.

Un día corrió el rumor de que el conde Angiolieri, en un café, se había metido con Folperti y le había amenazado con darle una bofetada; todo el mundo se preguntó el porqué.

Ese mismo día, Leopoldo fue resuelto al apartamento de su hermana y abrió la puerta.

Ines estaba en el escritorio; delante de ella, un papel blanco. Se apoyaba, con un aire de cansancio y de desánimo, en una mano, mientras sujetaba un bolígrafo con la otra. Tal vez

buscaba pensamientos y solo encontraba uno. En esto, al crujir el umbral, se giró y vio al hermano. Se le quedó mirando fijamente. Los ojos de ella parecían “dos deseos de echarse a llorar”.

La actitud de Leopoldo era fría, severa.

—Hermana —empezó él, remarcando ese nombre—. Estoy a punto de decir algo capital para ti... y para mí. Hazme caso. Hay... un sujeto... un joven, apuesto... pero eso no importa mucho... que pide tu mano... y eso es lo importante.

Ines se levantó y dijo claramente:

—No me voy a casar.

—Tú te casarás —rebatío Leopoldo con una voz decidida—. Ya te he prometido. Es un asunto que ya está cerrado.

—¿Asunto? —suspiró la muchacha.

—¿Y qué otra cosa iba a ser? —preguntó Leopoldo—. ¡Tú te ca-sa-rás!

Ines se dejó caer, con la cara entre las manos, en su asiento.

El joven continuó:

—Dime, ¿acaso hay otra manera de acabar con nuestro estado ruin? Estamos cerca de la muerte; se puede vivir sin corazón, pero no se puede con el corazón cubierto de llagas; pero... ¿y mientras tanto? Yo me vuelvo a América, vale; y allí, además, están en guerra... todo eso, sin embargo, no es suficiente. Mil millas de mar entre nosotros son pocas... hace falta, aquí, en tierras de Europa, un hombre que pueda, que tenga el derecho de matarme si... ¡Oh hermana, hermana!

Siguió un silencio terrible.

—El esposo es Folperti —añadió Leopoldo con una pizca de desprecio y como si se tratara de una circunstancia irrelevante.

—¡Nunca podré amarlo! —exclamó la muchacha dolorosamente.

—¿A quién podríamos amar... tú y yo? —le preguntó él, dejándose llevar por la pasión.

Mas luego, controlándose:

—Hermana, no es cuestión de amor —dijo—. Te estoy hablando de matrimonio... ¡Vístete! Esta noche vendré con él...—y, subyugando a su vez su propia emoción y la de su hermana, Leopoldo huyó.

VIII. En un santiamén, en la provincia, todo el mundo empezó a hablar de la boda, creyendo entender, ahora, el motivo de la escena violenta entre Angiolieri y Folperti y la razón del rostro descarnado de la chica. Sin embargo, semejante amor les chirriaba a todos un poco. Efectivamente, los hombres siempre habían dicho que, en cuanto a expresión, la cara de Emilio era una mortadela, aunque tratándose de hombres, se puede entender. Por otro lado, también las mujeres estaban de acuerdo con tal sentencia. De todos modos, el matrimonio parecía de lo más prometedor: los dos tenían pocos años y muchísimo dinero... ¡qué alegría para el hermano!

¡Los que creían aquello tendrían que haber echado un vistazo en la casa de los Angiolieri! Allí —a excepción del mofletudo y reluciente Emilio, que, lleno de satisfacción por imaginarse amado, ni se molestaba en amar, como aquel que, servido, se deja servir— habrían visto a una joven, o mejor dicho, la marmórea efigie de una joven, forzada a sentarse al lado de un fulano al que odiaba y del que no quería ser ni tocada; habrían visto también a un amante obligado a mirar, es más, a poner buena cara ante el suplicio del corazón de la amada y el suyo.

Luego, al final de la comida, el novio le dijo con una sonrisa a Leopoldo:

—A nuestro primer hijo le pondremos tu nombre. ¿Qué te parece?

Y el conde, que estaba llenando su vaso, asintió con una mueca. Fue todo un milagro del Cielo que la botella de él siguiera vertiendo.

IX. El moribundo por sentencia del hombre, cuando ya no tiene esperanza de poder alargar su vida, pide una muerte adelantada; y así lo hacía Leopoldo, acelerando la suya.

No tardó mucho en llegar el día en que la hermana se le apareció vestida de blanco y de palidez. Si ella hubiera estado dentro de un arcón, nadie hubiera dudado en ponerle la tapa encima: ni ella se hubiera opuesto.

Y fueron a la iglesucha. Allí Ines dijo un sí helado como la nieve en la ombría. Una amiga suya se desmayó.

Salieron. Detonaban las tracas, las campanas sonaban y una banda de músicos desafinados dio sus trompetazos. En la anteiglesia, carruseles, cucañas, luces de bengala y, entre ellas, el blanco armazón de una I y una E gigantes; gente por todos los lados. Y el Alcalde, de punta en blanco, después de obsequiar a los novios, les presentó a diez campesinitas que iban vestidas de fiesta y a las que Ines misma había equipado para el fausto día, las cuales arrancaron un discurso que olía a papel sellado. Lo interrumpieron los “¡viva!”; un gran balón con un letrero en el que se leía “Felicidad” levantó el vuelo. Se esparcieron flores por el suelo, se ofrecieron ramos, se lanzaron sombreros. Mientras tanto, Camoletti saltaba de aquí para allá en medio de la muchedumbre, repartiendo dinero, cupones para comilonas, cupones para borracheras y cancelaciones de deudas irrecuperables. Los jóvenes se secaban la garganta, los viejos las cejas. Y el maestro, agarrando a Leopoldo por un botón, le hizo tragar hasta la última gota un soneto de doscientos y más versos que empezaba así:

Dichoso tú, oh señor, cuya hermana
Amor hirió y ahora Himeneo cura

X. Ines y Leopoldo se separaron para siempre, por lo menos en este mundo, si es que el otro existe. ¿Existe? Esperemos, entonces, volverlos a encontrar, pero no condenados a una fraternidad eterna.

Carlo Dossi, *Una visita al papa*

La péndola marcaba las once y media. ¡Y a las doce debía ser la audiencia! Yo ya había agotado cualquier pasatiempo; me sabía ya el lugar de cabo a rabo; había entrado en conocimiento, que no amistad, con cuatro grandes tapices que ocupaban cada uno una pared entera; me dolía el cuello de tanto mirar el techo dorado en el cual descollaba el arma de Su Santidad, con dos inmensas llaves más aptas para derribar una puerta que para abrirla; me había deleitado con casi todas las sillas de la sala, tan gratas a los ojos, pero en cuanto a *ese*, quien, en cuestión de sillas, es el mejor de los jueces, muy poco... Además, había pasado revista a mis compañeros de audiencia: pocas personas, después de todo; seis o siete en frac negro, corbata blanca y manos sin guantes, al igual que yo y los camareros; dos militares cesados, vestidos como los generales en los títeres; por lo demás, monjes y curas con caras de bribones o de atontados, los cuales, sin embargo, acostumbrados al oficio del ocio, pasaban el tiempo plácidamente susurrándose entre ellos, mascando y escupiendo tabaco en ciertas agraciadas cajitas puestas alrededor de la sala. Rompiendo esa monotonía no había más que la aparición indiscreta de algún nuevo invitado o el paso apresurado de algún curilla con su capa de seda de color violeta.

De repente, ahí va el cañonazo que anuncia el mediodía.

Todos se sacan el reloj del bolsillo; desde mi cronómetro hasta el pelucón del curita; algunos se ponen a cargarlo o a ajustar las agujas, otros se lo acercan al oído o lo comparan con el del vecino. Y un sirviente, pomposamente vestido de damasco escarlata, se aproxima con gran afectación al barroco y farragoso reloj, abre el cristal y con un dedo guía la perezosa aguja hasta la duodécima hora; luego, da un golpecito a la péndola, que representa la grande y gozosa cara del sol.

Mas, con ella, también vuelve a arrancar el aburrimiento. Los militares dimitidos vuelven a pasear de aquí para allá y a cruzarse alisándose el bigote; los monjes y los curas vuelven a bostezar tácitamente, a mascar tabaco, a rascarse; los señores en frac, que no habían conseguido un asiento, a no saber ya en qué pierna apoyarse.

Y yo, después de intentar inútilmente entrar en una sala llena de mármoles y columnas, en el medio de la cual, entorno a un brasero, está un grupo de Suizos, con su elmo y uniforme amarillo-rosa, a los que solo faltan los dados y el tambor para ser auténticos judíos de sepulcro, vuelvo al cuarto con ventanal del que he partido, y me pongo otra vez a mirar la anchísima Roma que yace allí abajo.

En esto, ¡se oye claramente, desde el Castillo de Sant'Angelo, una fanfarria de la infantería! ¡Efecto de lo más extraño! Los curas sonrieron irónicamente, los dos militares se rizaron los bigotes y se guiñaron el ojo; yo, por la alegría, me sonrojé. Por vez primera en mi vida, amé, por un instante, a los soldados. Esa alegre fanfarria, oída en esa muerta atmósfera de hace cuatro siglos, parecía que dijera que el mundo seguía viviendo ni había cesado de avanzar a toda prisa; que Italia se cumpliría a pesar de todos los Santos del calendario y no se desharía tan pronto. Y allí me cogió el afán de ver una fila de esos jóvenes valientes, desde las plumas hasta la gorra, llegar corriendo al rescate de los bellísimos dioses vaticanos, prisioneros de las negras sotanas, acabando de una vez con esa minúscula China, con ese pequeño refugio de la ignorancia y la inmovilidad, peste de Europa.

Sin embargo, hubo un gran movimiento por toda la sala. De una puerta lejanísima, al fondo de la antesala de los Suizos, aparecía un fulgor de vestes de todos los colores, y, entre ellas, algo blanco, una especie de saco.

El monaguillo, que estaba a mi lado, se puso rojo fuego. Los dos generales como títeres se arreglaron los ribetes y se pusieron más tiesos todavía; el monjamen y el curamen empezó a sacarse de los bolsillos una multitud de *Agnus Dei*, coronas, crucifijos, estampitas, trapos y trapillos; tres o cuatro se echaron al suelo como cochinos.

Entendí que aquello *blanco* que avanzaba debía de ser algo peor que un saco.

De hecho, era Su Santidad el siervo de los siervos, el primero de los obstáculos para el progreso, el más grande de los enemigos de Italia.

Traducción de Paolino Nappi